LIBROdot.com

Arsenio
y otros cuentos

De
José Manuel Fernández Argüelles

©2002,José Manuel Fernández Argüelles
Mail: 112233@mail.bancoherrero.es

ARSENIO

©2002,José Manuel Fernández Argüelles

Arsenio era el hijo único de una familia que habitaba un pequeño pueblo del norte de España. El padre era el maestro de lugar, y por aquel entonces el trabajo de un maestro rural consistía en enseñar a todos los niños, cualquiera que fuese su edad, sin distinción de conocimientos ni capacidades. Todos los niños de la villa se juntaban en la escuela, y el maestro solía ponerlos en filas separadas por edades. Así, mientras a los de la fila de la izquierda les enseñaba a sumar, a los de la derecha les preguntaba cómo era tal o cual división. Era un maestro querido y respetado. Estaba casado, y su matrimonio era feliz. El hijo de la pareja, Arsenio, pronto iría a engrosar la fila de la izquierda. Entonces ocurrió la primera de las desgracias…

Arsenio tenía cinco años y todos los días salía de paseo con su padre por las tardes. Y el padre le decía: "Cuando cumplas los seis años, irás conmigo a la escuela y aprenderás a sumar". Y todas las tardes recorrían a paso lento el pueblo entero, saludando a unos y a otros, parándose cada pocos pasos a hablar con este o aquel, pues eran queridos por todos. Pero antes de que el pequeño cumpliese los seis años, cayó enfermo de meningitis. Sobrevivió, aunque su mente quedó estropeada para siempre. A partir de entonces fue el niño tonto del pueblo, el que babeaba y no atinaba apenas a hablar, ni sabía casi andar, si no era trastabillando, no acertaba a comer, si no se lo cebaban, no se vestía sólo… Pero cuando logró esquivar la muerte tras aquella maldita enfermedad, y a pesar de sus terribles secuelas, el padre comenzó a llevarlo de la mano todos los días a la escuela, y a

sentarlo en la fila de la izquierda, donde nunca sería capaz de aprender a sumar.

Pasaron los años, y casi ni un solo día dejó de verse en las calles del pueblo al maestro llevando de la mano al pobre hijo tonto. Ya fuese por las mañanas, para ir a la escuela y volver de ella, o por las tardes, si eran vacaciones, la pareja de paseantes se convirtió en algo habitual. Un detalle que se echaba en falta cuando no sucedía. El padre, con su gesto serio y triste, su caminar erguido y lento, llevando de la mano al niño, que a veces daba un traspié, y entonces el brazo del maestro se tensaba y le sujetaba con más fuerza. En el pueblo se hizo común la frase: "¿Qué sería de este niño sin su padre y su madre?"

Años más tarde, cuando Arsenio andaba por los veinticinco, habiendo mejorado muy poco o casi nada en su comportamiento y entendederas, y estando su padre ya jubilado, ocurrió la muerte de la madre, mujer callada y solitaria a la que el corazón le falló una tarde de verano, mientras miraba por una ventana cómo iban por la calle el marido y el hijo de paseo.

Tanto el buen maestro como el hijo, que realmente pareció comprender muy poco lo que significaba la desaparición de la madre, se vieron obligados con esfuerzo a adaptarse a la vida cotidiana sin la mujer. Aunque finalmente hubieron de contratar, por horas, la ayuda de una sirvienta.

Tras unos días en los que no se vio en el pueblo al padre, y por tanto tampoco a Arsenio, una tarde volvieron al habitual paseo por las calles. De nuevo apareció el caminar lento de los dos, los pasos seguros y firmes del antiguo maestro y los torpes y dubitativos del hijo retrasado. Esa tarde fueron muchos los vecinos que, al verlos desde sus ventanas, salieron a la calle, como por un casual, para saludarlos, como si fuese un alivio tener de nuevo aquella rutina que ya era de todos, y no sólo del padre

y del hijo. Muchos volvieron a repetir la conocida frase, aunque recortándola un poco. "¿Qué sería de este niño sin su padre?".

No, no murió poco después el padre, aunque en un principio llegó a parecer que lo que le sucedió fuera peor. Un día, conduciendo su vehículo en un corto viaje que hizo con unos amigos, estos notaron que la velocidad a la que iban era enormemente elevada, y así se lo dijeron, asustados. La respuesta les dejó todavía más sorprendidos y aterrorizados.

-¡Pero si este coche no se mueve! ¡Estamos parados!

No ocurrió ningún accidente, pues los acompañantes del viejo maestro lograron que detuviese el automóvil; pero lo que descubrieron unos días después, en la consulta de un doctor, fue que el terrible mal de Alzheimer había iniciado su fatal proceso en aquel pobre hombre.

Fue una labor devastadora y rápida la que la enfermedad produjo en el padre de Arsenio. En cuestión de muy pocos meses perdió sus capacidades mentales más imprescindibles. No recordaba nada, a nadie reconocía, no se orientaba sobre el lugar donde se hallaba. Si se levantaba de su sillón, quedaba en pie sin saber a donde ir. La asistenta, que había contratado a la muerte de la esposa, lo llevaba de la cama al baño, del baño al sillón y de este a la cama otra vez. Si alguna vez se levantaba solo, quedaba de pie, desorientado y aturdido, con la mirada asustada mirando al frente, pero sin fijarla en ningún punto concreto, perdida en el vacío en que se había convertido el mundo para el buen anciano.

El pueblo ayudó a esta desgraciada familia. Padre e hijo no sólo contaban con la ayuda de la asistenta, sino también con la de otros vecinos del lugar, que se turnaban para servirles en mil y un trabajos. Así su casa estaba siempre bien

atendida, y nunca les faltaba de nada, ni estaban desaseados, tampoco dejaba la comida de estar a su hora en la mesa o las medicinas en la mesilla de noche del viejo maestro. Si no era la asistenta, era algún vecino quien se ocupaba de aquella puerta que cierra mal o de la compra de unas camisas o incluso de afeitar a ambos diariamente.

Pasaron muchos días en los que aquellos dos hombres, el joven tonto y el viejo enfermo, quedaron encerrados en la casa. Siempre sentados en un sillón o acostados en la cama, siempre atendidos por algún vecino amable o la asistenta contratada. Hasta que una mañana temprano, justo a la hora en la que los niños iban a la escuela, se vio por las calles del pueblo (y la noticia corrió como la pólvora) a Arsenio llevando de la mano a su padre. El joven, aunque aún algo torpe en los movimientos, nunca había andado tan bien, tan seguro, y su mano sujetaba con fuerza la de su padre, que encorvado un poco y con andares titubeantes, seguía obediente los suaves tirones de su hijo.

Se detuvieron en las aceras las madres que llevaban a los hijos pequeños a la escuela. Incluso los niños mayores pararon sus carreras y juegos. Salieron a la calle o se asomaron a las ventanas los que estaban dentro de las casas, y que fueron avisados del suceso por golpes en la puerta o incluso gritos. Quedó el pueblo entero en suspenso para contemplar aquel paseo tanto tiempo añorado, y que ahora retomaba su costumbre, aunque con aquella sorprendente inversión que la naturaleza o Dios o la bondad de las buenas gentes había provocado.

Alguien, desde una ventana, rompió el silencio que se había producido, y preguntó a Arsenio:

-¿Qué haces, a dónde vais?

Y con una voz pastosa, tartamudeando, sacando cada palabra a la fuerza de aquella garganta que hasta entonces apenas había hablado nada coherente, dijo el joven:

-¡A-aquí, de pa-paseo con el to-tonto este!

Como el curioso suceso se fue repitiendo día tras día, dejó de crear la expectación de las cosas anormales, y fue aceptado como una más de las rutinas del pueblo. Incluso alguno, llegó a comentar:

-¿Qué sería de este padre sin su hijo?

MAESTRO DE ODIADO RECUERDO

©2002,José Manuel Fernández Argüelles

Sentí que la muerte rondaba el exterior de la casa nada más acercarme a ella. Fue un hálito frío y rápido. Su corta duración no impidió el estremecimiento de mi cuerpo y que provocara la duda de si seguir avanzando o no.

La imposición de visitar al habitante de aquella casa, que fue llamada siempre "casa del profesor", aunque ahora ya poca gente la conoce por tal nombre, fue debida a la promesa hecha a un amigo de informarle sobre la vida actual de nuestro antiguo, temido y respetado maestro. Mi esporádica visita a la ciudad de nuestros infantiles estudios justificaba la petición del amigo.

Afirmo que sentí miedo al llegar a la puerta cerrada y pulsar un inútil timbre que no oí sonar en el interior. Golpeé con el puño la puerta, que tembló indicando su vejez e inestabilidad. Cuando se abrió, un anciano y casi irreconocible profesor de la niñez de mi amigo y mía, apareció con la misma fría mirada que el recuerdo había mantenido en la memoria. Eso fue lo que me hizo reconocerle, solamente la mirada fija y penetrante de sus ojos pequeños. Solo la mirada, que me dejó quieto y en silencio, mientras volvía a sentir el soplo de viento helado que recorría el exterior de aquella casa. Tan sólo la mirada cruel me indicó que aquel había sido mi maestro.

No sé lo que duró el silencio entre ambos. Yo no sabía qué decir y él esperaba con su sempiterna seriedad y aspecto enfadado. Fue él quien habló, por fin. Pronunció mi nombre y me ordenó pasar.

Más tarde, mucho más tarde, frente a mi amigo, no supe contarle lo que había sucedido con exactitud. Tuve que inventar gran parte para justificarme. No supe narrar lo que aquel ser, que representaba el miedo de nuestra juventud y también nuestra idea de lo respetable y hasta de lo divino, de lo serio y lo profundo, de lo eterno y lo verdadero, me dijo a las puertas de una muerte que él estaba esperando, y que yo no había hecho si no interrumpir… Interrumpir, según era mi costumbre, tal y como él me lo recordó en aquella conversación que ahora intentaré escribir, a pesar de no haber podido contarla antes a mi amigo, como ya dije. Creo que en la soledad de este instante, y con el transcurrir del tiempo, sí puedo abrir paso al

molesto recuerdo.

Esto fue lo que aquel hombre, con su acostumbrada voz grave e imponente, hablo:

"Siempre interrumpiendo, señor mío. Te reconozco perfectamente. Te recuerdo. Como a todos, igual que a cada uno de todos mis alumnos, te recuerdo. Os tengo en mi memoria, que nada olvida. Sí, tengo la imagen de todos vosotros presente conmigo, y cada día que pasa no sirve para perder en el amable olvido la sensación de repugnancia y asco que siempre me habéis inspirado. Cuando os tenía en mi presencia, soñaba con el día en el que me alejase de las aulas y de vuestras figuras juveniles y revoltosas, alegres y vanas. Aquel sueño me mantenía con fuerza para soportaos. Pero te confieso que ahora el recuerdo de todos y cada uno de vosotros mantiene viva en mí la repugnancia y el asco. A pesar del tiempo y vuestra ausencia, aún escucho los gritos infantiles, estúpidos y sin sentido, veo vuestros cuerpos sanos y flexibles, y odio vuestra alegría y vuestro vigor sin freno . Os odio cada vez más, porque yo envejezco y vosotros, la imagen fija, quieta, que tengo, no varía en su alegre, estúpida vitalidad. Y ahora que el tiempo se acaba para mí, ahora que la muerte parece rondar en torno a mí, como siempre, pero más cerca, ahora, cuando ya creo que podré descansar de vuestro insultante recuerdo, alegre, joven y banal… te presentas tú en lugar de la muerte. Aunque bien mirado, sois lo mismo. Tú y los tuyos, todos mis jóvenes pupilos, tan odiados como recordados, sois mi muerte. Siempre fuisteis el anuncio de mi muerte. Siempre habéis sido eso, de ahí mi odio y mi temor hacia vosotros. Y es que al final todo se reduce al miedo y la envidia que siempre me habéis inspirado. Yo, realmente, nunca quise ser vuestro maestro; quise, en cambio, ser igual a vosotros, ser alegre y vital, lleno de salud y fuerza. Era algo imposible, era un sueño siempre roto. En torno a mí siempre rondó el frió viento de la enfermedad y ahora de la muerte. Ese frío que espanta a los jóvenes, aunque apenas lo perciban".

Cuando por fin me alejé de la casa de aquel loco, el calor pareció embargarme de nuevo de forma grata. Pensé, con desagrado, que si ahora había podido notar el viento de la muerte, la presencia de la fría y mortal compañera del

profesor, era indicio de que la juventud de mí se alejaba. Con esa incertidumbre en el pensamiento, giré mi cuerpo para lanzar una última ojeada a la casa que acababa de abandonar, y vi, en el cristal de la ventana pegado, el rostro agrio y serio de mi maestro, y su mirada escrutadora, de ojos pequeños, clavada en mí, odiándome.

LA NIÑA TONTA

©2002,José Manuel Fernández Argüelles

El paisaje.

Asentado en el inicio de la ascensión al Pico del Moro está el pequeño pueblo de Launés, y en su extremo norte, el más lejano a la carretera general, se inicia un antiguo sendero usado por los pastores para llevar el ganado a los pastos altos. Un coche normal no podría subir sin romper los bajos, y un todoterreno tendría serias dificultades por lo angosto de algunos tramos. El caso es que ese camino de monte, muy empinado en algunas zonas, llega a una falsa cima de ese Pico del Moro (la cima real esta aun más alta, pero ya es labor de alpinistas el llegar a ella); y desde ese lugar, relativamente llano y con pasto abundante, se divisa todo el valle en los días despejados, y es una vista muy bella, pero cuando, en determinados amaneceres, la niebla baja cubre todo a nuestros pies, y tan solo se ve el cielo, los riscos de las cimas y abajo, a nuestro alrededor, la impenetrable neblina blanca, que brilla en donde el sol quiere surgir, entonces parece que estás en otro mundo, en otro que no es este.

***

La soledad.

Vivo solo desde hace casi un año. Ana me dejó porque dijo que yo sólo servía para mentir con palabras bonitas, pero que, después de tres años de escuchar historias, ya estaba bien. Y después de tres años de vivir juntos, ella se fue dando un portazo. Lo sentí, aunque reconozco que no soy un hombre que contente a una mujer, pues ni aporto dinero ni soy muy activo en … en fin, en los actos físicos del amor, por decirlo de alguna forma. Sólo sé hablar, contar cosas, que adorno a mi manera. Yo mismo no sé cuando digo algo sobre lo que vi, lo que me contaron, lo que alguna vez me sucedió o lo que invento en el instante en el que hablo. Lo cierto es que ninguna de esas posibles justificaciones para contar algo me parece importante. Hablo, y eso es todo. Sé que resulto entretenido… durante un tiempo.

Tres años, a lo sumo.

***

La niña.

La niña tonta vivía al lado de mi casa, y jugaba todas las tardes en el parque que hay al otro lado de la calle. La acompañaba una asistenta, pues sus padres trabajaban fuera de casa ambos. Lo cierto es que pocas veces veía a los padres con ella; ni en los días de fiesta. Sospecho cosas terribles sobre los sentimientos que tenían hacia la niña, pero suelo equivocarme en estas cosas. También yerro a menudo en el cálculo de la edad, pero esta niña retrasada debía de tener entre ocho y diez años. Su cuerpo era algo torcido hacia delante, hablaba mal y últimamente creo que había dejado de babear. Su cara era apacible, muy dulce, no estába deformada por la mente torpe, tuviese la enfermedad mental que tuviese, que no sé su nombre. Y sus ojos también eran dulces y de mirada intensa y tierna. Sus ojos eran redondeados, y como caminaba encorvada, miraba siempre hacia arriba, abriéndolos y agrandándolos aún más, de tal manera que parecía que te miraba entre sorprendida y admirada. Creo que es eso lo que me llamó siempre la atención de la niña boba: que miraba las cosas con asombro. O eso es lo que parecía. Y a mí solía observarme de esa manera, incluso parecía sonreír, pero quizás era solo el gesto de sorber la baba, que ya había aprendido a que no se le cayese.

***

Las palabras.

Desde que vivo solo salgo mucho de casa. Paseo, miro las calles y las gentes; si encuentro a algún conocido aprovecho para hablar, que es lo que más me gusta, y si puedo le saco algo de dinero. El dinero. A veces lo consigo de mi familia, de mis amigos también, como ya dije, de vender objetos de valor que aún me quedan. Tengo pocos gastos, así que vivo bien con poco. También, desde que estoy

solo, viajo siempre que puedo, si tengo algo de dinero que sobre, claro. Pero mi actividad principal diaria es salir a la calle y buscar alguien con quien hablar. Sé que resulto entretenido. Algunos incluso me buscan cuando están aburridos.

Como es lo que más cerca me queda, voy con frecuencia al parque que está delante de mi casa. Ahí es donde solía ver a la niña tonta y a su asistenta, que la acompañaba con una terrible cara de aburrimiento. ¿Y quién mejor que yo para entretener a alguien que se aburre? Así trabé conocimiento con la mujer de compañía, mientras la niña nos miraba con esos ojos suyos, que en silencio perseguían mis gestos al hablar, seguían los movimientos de mis labios, incluso.

Me resultó de inmediato simpática esta niña tonta, que me miraba y parecía sonreír, mientras les contaba, a ella y a su cuidadora, historias de mis viajes por América, los que hice antes de arruinarme y tener que vender el castillo con todos sus caballos, famosos en los circuitos europeos de hípica, y gracias a los cuales conocí a la rica heredera del Condado de Ruanisque, que, por cierto, una noche…

***

Las historias.

Me encariño enseguida con la gente. A todas las personas que conozco y que me escuchan acabo por apreciarlas, aunque sean tan tristes y zafias como la asistenta de la niña boba. Pero con quien más simpatizo es con esos seres que no sólo me escuchan, si no que beben mis palabras, siguen el movimiento de mis manos cuando las elevo en un gesto de grandilocuencia, se dejan arrullar por mi voz y esperan la siguiente historia como si de aire se tratase. La niña era así. En cuanto yo llegaba al parque y tomaba asiento junto a la asistenta, ella venía a escucharme, y permanecía de pie hasta que su cuidadora o yo mismo, si detenía un momento la historia, le mandábamos que tomase asiento, pues sino estaba como una estatua a mi lado, mirándome y siguiendo con atención todo lo que contaba, como si lo entendiese, como si le estuviese ocurriendo a ella. Me gusta pensar que es así, que lo entendía y pensaba que llegaría a vivirlo.

***

La Enfermedad.

Fue precisamente cuando estaba contando lo de la rica heredera del Condado de Ruanisque, la que una noche…

-¡Uy, que esto no es para oídos de niña! -dijo la asistenta-. Anda, nena, vete con la pelota a la arena.

Y la nena boba, que era muy obediente y todo lo hacía en cuanto se le ordenaba, se fue triste al círculo de arena con su pelota. Yo iba a protestar y decir que mi historia era blanca como sábana tendida al sol, pero justo en ese instante la cuidadora comenzó a hablar. Fue en ese momento cuando yo supe del otro mal de la niña tonta.

-¡Que pena de niña! -comenzó diciendo la mujer, mientras se alejaba cabizbaja la pequeña-. Es que tiene todos los males. Ahora no sé qué en la sangre. Y sin remedio. Mañana dejaremos de venir al parque. Ingresa para el tratamiento. Pero… sin remedio, ya digo.

***

La muerte.

Es malo encariñarse con quien te escucha en silencio y te mira creyendo todo lo que cuentas. Es malo querer a las personas porque siempre acabas recordándolas en medio de la soledad, una vez que se han ido o te han abandonado. Pensé en Ana mientras, sentado en el parque, oía de labios de aquella mujer la terrible noticia de la anunciada muerte de la pequeña. Y pensé que todo en mi vida había sido siempre igual. Todo lo que alguna vez había querido fue desapareciendo, dejándome en un abandono triste donde sólo la palabra me salvó de la locura. Ciertamente, el día en que mi soledad no pueda ser mitigada por amigos, allegados, familiares o incluso desconocidos a los que contar mis historias, con las que creo un mundo de compañías y multitudes, entonces, ese día, yo también estaré sentenciado

a morir. Como la niña tonta.

***

La conversación.

Allí estaba yo, sentado en aquel parque, callado, para variar, mientras pensaba en Ana, en mi soledad y en la desgraciada pequeña. La asistenta aprovechó para ir a otro banco y hablar con una conocida suya, y yo quedé solo. No percibí cómo la niña se puso a mi lado. De repente allí la tenía, sentada a mi derecha, y me miraba, y por una vez en mi vida no supe que decir. Fue ella la que habló con aquellas palabras torpes y terribles, que jamás olvidaré:

-Me han dicho que voy a ir al cielo -dijo-. Pero tengo miedo, porque no sé cómo es.

Supuse que la asistenta, con su falta de tacto, e intentando preparar lo que para ella era inevitable, había contado esa crueldad a la niña.

Bien sé que los niños no toman las avatares del tiempo como nosotros, los adultos. Ellos aceptan las cosas como vienen, pues siempre es la primera vez que les ocurre todo y aún no han tenido noticias de sucesos similares. Toda experiencia para ellos es natural e inevitable. Seguramente tienen más razón que nosotros, que incluso nos revelamos contra la muerte. Esta idea de la resignación infantil me dio fuerzas para mirar a la niña tonta, y comenzar a contarle una de mis historias.

-Yo sí conozco el cielo -comencé diciendo-. En uno de mis muchos viajes hice una visita a tal lugar. Y en el próximo te voy a llevar conmigo para que lo veas y no lo temas. Primero empezaremos el viaje en coche, porque allí también se puede llegar en coche, como a todos los sitios. Cuando estemos cerca te diré que cierres los ojos, y como eres muy obediente, pondrás las manos delante de tu cara. Enseguida te mandaré que las quites y mires, y entonces verás el cielo.

-¡Y cómo es, cómo es!

-No hay casas ni suelo ni nada, sólo altas montañas que surgen de una nube que cubre todo a nuestros pies. A lo lejos el sol está escondido, aunque se ve un poco su luz, como si espiase con un ojo desde detrás de esa nube grande, que no termina nunca. Andar por ella es como pisar algodón muy compacto o caminar por un

colchón mullido. Y lo mejor, lo mejor de todo es que parece como si flotases en el aire, como si volases entre las nubes y las montañas.

***

El cielo.

En la base del Pico de los Moros, donde está el pequeño pueblo de Launés, se inicia el sendero que lleva hasta los pastos de alta montaña, una falsa cima casi llana. Si el viaje se hace temprano, al amanecer, una niebla lo cubre todo, y recorres el estrecho camino que asciende casi como si fueses ciego, pues no ves más allá de dos metros desde el lugar donde que encuentras. Pero no hay pérdida, pues el sendero te conduce. Cuando estás en la cima de los pastos altos, la niebla ya ha descendido un poco, y es normal que te cubra los pies, pero no más arriba. Así ves la nube que se extiende frente a ti, mires hacia donde mires, y de ella sobresalen, aquí y allá, como naciendo, las montañas; y en un extremo lejano, los rayos del sol blanquecino dan realce y compacto contorno a las ondas infinitas del aéreo vapor. Entonces parece que puedes iniciar la marcha en cualquier dirección, siempre sobre la nube, y alcanzar, en línea recta, cualquiera de los riscos que jalonan el paisaje.

Por supuesto, si en ese recorrido te encuentras con una niña, salúdala de mi parte.

SUPOSICIONES SOBRE EL BIEN Y EL MAL

©2002,José Manuel Fernández Argüelles

"Veré tu rostro sangrando y bañado en lágrimas", oí que decía mi hermana, la monja, mirando al Cristo crucificado en la pared. Conozco bien a mi hermana, y sé que la expresión de su rostro no era de piedad en aquel momento. La entreabierta puerta, que me permitió la indiscreción de espiarla, no hizo que ella me viese a mí, pues tan concentraba estaba mirando al Cristo de la pared, el cual desde nuestra infancia presidía aquella habitación. Me alejé sin hacer ruido, pero no eché en olvido la escena. Cuando días después, mi hermana se despidió de todos para volver a su convento, tras los acostumbrados días de visita primaveral a la familia, al besarla en la mejilla, le pregunté en voz baja, para que nuestros padres no oyeran, si tenía algún problema de fe. Ella me miró fríamente, y su respuesta sólo sirvió para intranquilizarme aun más:

-He encontrado un dueño mejor -fue lo que me contestó.

Tiempo después, cuando el invierno era más crudo, nos comunicaron la muerte de mi pobre hermana. Desde el convento, y por teléfono, una escueta monja de voz cristalina, seria, triste y a pesar de ello extrañamente distante y fría, nos dijo que Sor Anunciación, antes María de las Mercedes, había muerto en la cama de su celda a causa de unas terribles fiebres.

Hicimos el viaje mis padres y yo con lágrimas en los ojos, y nada más llegar al enorme y viejo caserón que era el monasterio donde habitaba la orden de monjas de mi difunta hermana, nos recibió la propia madre superiora, que nos hizo pasar a su despacho, y tras condolerse por nuestra pena, que también era la suya, dijo, nos explicó que el fallecimiento fue a causa de una neumonía. Mi hermana siempre había tenido, como yo, una extraña salud a prueba de todos los males, para asombro de pediatras (cuando niños), así que a toda la familia nos pasmó tal razón para su muerte.

El entierro sería en el propio convento al día siguiente, por lo que nos permitieron hacer noche en tal lugar. Y fue esa noche cuando todo se aclaró para mí, cuando descubrí la lucha del bien y del mal, y que el uno y el otro no son siempre aquello que suponemos.

Esa noche, como es fácil suponer, no lograba conciliar el sueño, por lo que

dediqué parte de las frías horas nocturnas a pasear hasta la ventana enrejada que daba al hermoso jardín interior del convento, iluminado por una distante luna blanca en medio de un frió atroz, que se dejaba adivinar sobradamente en la inhóspita celda que me había sido asignada. Y fue ya de madrugada, mientras miraba distraído por el vantanuco, cuando vi en el jardín, sobre la nieve caída en la tarde, las huellas de alguien. Lo sorprendente es que estaba convencido de que esas pisadas no estaban en mi anterior visión de tal lugar, hacía escasamente quince minutos. ¿Quién, a esas horas, y con tal inclemencia, podía estar paseando? No sé bien por qué, quizás por esos impulsos del cerebro que sabe más de lo que nos deja adivinar en lo que llamamos razón o por influencia de aquello en lo que alguna vez creyó mi hermana (fuese lo que fuese), el caso es que salí corriendo de la habitación, vagué confundido por varios pasillos y por fin di con la puerta, sorprendentemente abierta, que daba al patio visto desde la ventana de mi celda. Seguí sin dificultad el rastro de las huellas y pronto llegué a un edificio anexo al convento, una capilla con pequeñas y altas ventanas, cuya puerta de gruesa madera estaba cerrada. Tanteé el portón, pero no se abría; en cambio, al estar pegado a él, sí distinguí una voz que provenía de su interior. De tal manera puede oír lo siguiente:

-Atar el pecado a la intemperie. Purificar el mal con el dolor de la carne desnuda en el frío. Dejar que el fin de su existencia llegue con la ausencia del calor del bien.

La voz era la de la madre superiora, sin duda, y su especie de oración en voz alta parecía indicar, si mi hermana había sido la pecadora, que fue obligada a pasar desnuda las frías noches y días que habían marcado este invierno. Tal era mi suponer, o al menos el entendimiento que me daba esa irreflexión interna o, en su defecto, la iluminación de aquellos seres que pueblan el misterio. En cualquier caso, pensé, de ahí la pulmonía, quizás, si de eso había muerto mi pequeña hermana Mercedes. No me contuve, por supuesto, y golpeé con fuerza la gruesa madera que me impedía el paso. Un dolor instantáneo en la nuca hizo que todo desapareciese.

Desperté en mi celda de la noche anterior. La luz del día entraba alegré a través de los barrotes de la ventana. Recordaba lo sucedido en el patio ajardinado como una pesadilla, y lo cierto es que en el momento de aquel presente, con la clara luz del día, mis monstruosas sospechas nocturnas me habrían parecido producto de la mente de un loco si no fuese por el golpe que alguien me había dado para

alejarme de la capilla y de la terrible oración de la madre superiora. En ese punto de mi reflexión entró la susodicha monja, dueña y administradora de aquel lugar. Sin ningún preámbulo, comenzó a hablar:

-No sé que interpretación dará a lo que imaginó escuchar esta noche, pero no saque conclusiones que nadie va a compartir. Sus ancianos padres no podrán soportar historias de locos. Deje que los caminos del Señor sigan su curso.

En lo que se refería a mis padres tenía razón, y probablemente en lo demás también. Nadie podría jamás creerme. Dios, o el nuevo y bien distinto amo de Mercedes, serían los únicos que podrían hacer justicia, ya fuese divina o no.

©2002,José Manuel Fernández Argüelles

Ocurrieron extrañas cosas en aquella calurosa tarde de verano. Yo estaba acodado en el mostrador de una pequeña cafetería y bebía largos tragos de cerveza fría. La tarde era lenta. El sol deslumbraba y difuminaba con su brillo el exterior de aquel lugar. La temperatura hacia transpirar los cuerpos y se bebía con ansia. Ocurrió entonces que entró una gitana con la mano extendida. Yo la miré a los ojos, ella sostuvo mi mirada. Sin ganas para hablar, negué la limosna con el gesto de mi cara y ella se fue hacia otro que estaba a mi lado, un borracho con la cabeza apoyada en una columna. Aquel hombre levantó su rostro y miró con esfuerzo a la gitana, quien en silencio extendía su mano.

-Desde que tenéis casa -dijo el borracho-, pedís mas dinero, cabrones.

Ella contestó:

-Mejor antes, que no teníamos nada y nada teníamos que pagar.

-¡A la mierda, gitana!. -dijo aquel hombre.

La mujer, retirada la mano pedigüeña, se fue a la soleada calle envuelta en ropa sucia, ajada y negra. Y ya en la calle, la gitana volvió su vista al interior del bar. Giró sobre sus pasos y entreabrió la puerta del local. Miró hacia el borracho, primero; después hacia mí. Y dijo:

-Uno de vosotros dos tendrá lo mismo que tengo yo. El otro no llegará hoy a su casa.

Se fue la gitana con rapidez, tras lanzar su maldición, mientras el borracho reía, diciéndome:

-Si sigo así, seré yo el que no llegue a casa. Ya no sé muy bien dónde está.

Un poco más tarde, y habiendo terminado la cerveza, me fui con un ligero desasosiego en mi interior. En la calle el sol me dio de lleno en los ojos y quedé algo deslumbrado, pues dentro de la cafetería había estado en una zona poco iluminada. Estaba frotándome los ojos, cuando oigo tras de mí la puerta del bar que se abre y se cierra y, de inmediato, una mano se posa sobre mi hombro. Abro los ojos sorprendido para ver al borracho que, pegando su cara a la mía, y lanzándome un aliento avinagrado, me dice:

-Compañero, fuera de bromas, has de saber que el que no llega a casa hoy, soy yo. Tenga lo que tenga esa bruja, es tuyo.

Me aparté de él. Anduve rápido para alejarme. Unos pasos más allá miré

hacia atrás y no lo vi.

Fue ese mismo día, ya muy al final de la tarde, cuando me dieron la noticia de un borracho que se arrojó sobre un coche, resultando muerto al instante.

Lo cierto es que fue un día extraño. El sol debió de hacernos daño a todos. En cualquier caso, no sé todavía si tengo que esperar por algo que he de perder o algo que he de ganar.

EL PERRO DE LA VIEJA

©2002,José Manuel Fernández Argüelles

Murió la vieja un día que no se levantó de la cama; al menos esa fue la conclusión a la que llegó su fiel perro (claro que el concepto de muerte en los animales es algo que nosotros no comprendemos). Y como sólo tenía por compañero al mencionado can, tan viejo como ella, en proporción a la edad de los chuchos, tardaron en descubrir el cadáver. Lo cierto es que la encontraron gracias a los aullidos del insignificante y desgreñado perro. Sin dilación la enterraron en el pequeño cementerio, que flanqueaba la iglesia en una esquina del pueblecito montañés, y a la ceremonia de inhumación sólo asintieron el sacerdote, dos viejos y tres jóvenes, vecinos del lugar, un amigo lejano, que costeó todo el entierro, y el inevitable chucho, que se puso al frente del cortejo desde la casa hasta la tumba. Una vez terminado el acto fúnebre, ya la tierra amontonada sobre el ataúd, todos se fueron y nadie se acordó del animal.

Fue al anochecer, cuando el amigo lejano de la difunta, extraño pagador de todos los gastos que la muerte ocasiona, antes de irse, y al tiempo que se despedía, preguntó dónde se encontraba el sucio perro que había visto por la tarde molestando en el entierro. Nadie le supo decir, y eso que el lugar era bien pequeño. En la casa mortuoria no estaba, en las calles tampoco, y nadie lo tenía recogido en su casa. Se le dio por perdido y fue olvidado pronto.

Esa misma noche, a no más tardar, todos, excepto el viajero ya ido, bien que descubrieron al animal, pues sus aullidos, provenientes nadie sabía al principio de dónde, quebrantaron el silencio y la tranquilidad de las pocas familias que habitaban el lugar. Tras soportar los prolongados aullidos durante horas, al final algunos, ya de madrugada, salieron insomnes a las calles con linternas. No tardaron en dar con el

molesto animal en el cementerio, sobre la tumba de su dueña, donde había escarbado un pequeño hoyo, insuficiente, por supuesto, para alcanzar el cuerpo de la vieja, que aún debía de oler incluso a través de la tierra recién echada, y por tanto ser reconocible para el can.

El pequeño perro, ahora más sucio que antes debido a la tierra que removió en el cementerio, fue apartado de la tumba por los vecinos, y atado a un poste en un corral cercano. Le pusieron un plato y algo de comida. Todo esto antes del amanecer, para así dormir unas horas. Y en efecto, el perro guardó un silencio absoluto hasta poco después de despuntar el alba, donde sus aullidos, de nuevo procedentes del cementerio, ayudaron a levantarse a los que con agrado aún remoloneaban entre las sábanas. El animal había roído la cuerda con la que fue atado y se plantó otra vez en la tumba de la vieja, donde tras escarbar un poco lo que antes habían cubierto sus captores, comenzó a aullar más fuerte que antes, si cabe. Quizás lo hiciese al no poder alcanzar el cuerpo que adivinaba allí abajo o por razones que ningún humano logra comprender; el caso es que los lugareños comenzaban a estar más asustados que molestos, pues tales aullidos, prolongados y muy sonoros, parecían imposibles de emitir por un perro tan pequeño y enclenque como aquel.

Se volvió a atar al animal con una cuerda más fuerte esta vez, y de nuevo le pusieron agua y comida a su alcance, aunque de la anterior nada había probado. El silencio reinó el resto de la mañana y buena parte de la tarde; así el sorprendente perro fue olvidado, y todos se dedicaron a sus rurales quehaceres. Pero al principio de la noche comenzaron otra vez los aullidos; aunque procedían indudablemente del cementerio, todos corrieron antes al lugar donde habían atado al perro, pues les

parecía imposible que el endeble animalejo hubiera podido cortar con sus dientes la fuerte soga, pero así había sido. La comida y el agua estaban intactas, pero la cuerda se encontraba destrozada a dentelladas. Los hombres se allegaron, esta vez, con una cadena a la tumba de la vieja, y con algo de respeto y un poco de miedo, pusieron al perro, por la cadena sujeto, atado al mismo poste de donde ya había escapado dos veces.

Vino de nuevo la noche y comenzó en silencio. Las montañas que recogían las escasas viviendas del lugar, se oscurecieron como cubiertas por un manto amigable, y todo el contorno se transformó en apacible habitáculo para el descanso. Pero este duró sólo hasta la media noche, donde los consabidos aullidos tornaron para sorpresa general. Todos despertaron, y pronto el desconcierto dio paso a un miedo ridículo, pues temer a un perro tan pequeño y maltrecho era cosa de chiste si se pensaba fríamente. De nuevo encontraron al animal sobre la tumba de la dueña, otra vez escarbando y aullando. Ahora arrastraba consigo la cadena y el grueso tronco al que había sido amarrado, y que había arrancado a tirones, con fuerza tan sorprendente que parecía cosa de magia el hecho de que un ser tan escuálido pudiera haber logrado proeza semejante.

Esta vez encerraron al perro en una cuadra, tras revisar concienzudamente que ninguna abertura existía por la que pudiera salir. Así pasó el resto de la noche, en tranquilo silencio, toda la vecindad. Con el nuevo amanecer hubo reunión de los más notables, y se pensó que, como el perro continuaba negándose a comer, quizás la mejor solución era matarlo y enterrarlo junto con su difunda ama. Al fin y al cabo sólo era un perro. Y el echo de enterrarlo en sagrado era una forma de conjurar los extraños poderes que tuviera. Cura o autoridad que se opusiera a esos planes, no

había en el pueblo, pues ambas instituciones tenían a sus representantes en villas vecinas y mayores, y sólo aparecían por el lugar previo aviso. El problema surgió cuando hubo que decidir quién mataba al animal. Por tal motivo, y ya que nadie se prestó a ello, se tuvieron que desechar aquellas crueles y sacrílegas intenciones. Entonces a alguien se le ocurrió que lo mejor sería llamar al misterioso visitante que había pagado el entierro de la vieja; quizás ese lejano amigo o pariente o lo que fuese de la difunta, tuviese alguna influencia o incluso derecho sobre el animal, a modo de herencia u obligación contraída.

Llegó al pueblo, el convocado, dos días después, y enseguida le pusieron en antecedentes, con palabras ansiosas y poco claras, que intentaban ocultar cierto miedo. Le mostraron al perro casi muerto de hambre y sed, encerrado en el establo; tenía las patas ensangrentadas de tanto arañar las tablas de las paredes, y los rastros de sus arañazos estaban por todos lados. El visitante cogió en brazos al perro, que ya carecía de fuerzas, y se lo llevó, sin apenas pronunciar palabras.

Los días sucesivos fueron de una tranquilidad más aparente que real. Todo transcurría con el apacible devenir de siempre, pero en el aire había una tensión que no se podía explicar. Era como si los habitantes del pueblo estuviesen esperando algo, pero no sabían el qué, aunque todos tenían la íntima sospecha que habría de ser un suceso terrible y quebrantador.

Sucedió al tercer día (siempre es al tercer día), después de la expulsión del fiel animal. Fue bien entrada la noche, cuando el silencio cubría las casas, cuando el ánimo estaba dispuesto al descanso y la luz de farolas viejas apenas iluminaba las torcidas calles del pueblo. Comenzó como si fuese el murmullo lejano del viento, como el sonido que viene de lejos y que no reconocemos, pero que se acerca poco a

poco y vamos siendo conscientes de su significado lentamente. Al principio parecían quejidos, después fueron gritos. Nadie salió de su casa, más al contrario, atrancaron con mayor fuerza puertas y ventanas. Algunos rezaron y otros se arrinconaron en los lugares más apartados de las viviendas. Y es que la voz de la vieja, cercana por fin, al otro lado de las puertas, iba llamando a su perro por las calles solitarias y apenas iluminadas de aquel pequeño y lejano pueblo.

©2002,José Manuel Fernández Argüelles

Posó una mano sobre mi hombro, y dijo:

-Eres mi último guerrero. Ve y destrúyelos.

A pesar de ser mi Rey, al cual debía yo, humilde siervo, todo el respeto y la más ciega sumisión, no pude dejar de reconocer que se equivocaba tan noble señor. Yo no era su guerrero. El último de los verdaderos combatientes hacía mucho que fue enviado y, presumiblemente, yacía muerto en aquellos confines del reino a los que ahora se me destinaba.

-Eres de mi confianza para los tiempos venideros -siguió hablando mi dueño-. Eres sobre quien la historia dirá que fue héroe y que dio a su señor la paz.

Aquí el Rey hizo una pausa larga, tan prolongada que pensé terminada la arenga, pero su mano permanecía aún sobre mi hombro, por lo que seguí arrodillado ante él, esperando ser liberado de la magna opresión e irme en pos de una segura muerte. Por fin, continuó hablando mi señor.

-Ve ahora, amigo, y que nuestro amor, en los días de tormento y lucha que te esperan, te inspire valor y confianza.

Levantó su mano de mi cuerpo. La sostuvo en alto, como bendiciéndome o tal vez señalando el camino a seguir. Cerró suavemente los ojos. No vio como me alejaba, sin darle la espalda, por supuesto. Cuando atravesé los cortinajes que delimitaban la estancia, giré con premura el cuerpo en pos de la salida definitiva, como si mi ansia fuese ya la de morir pronto.

Una vez emprendido el camino, estando ya lejos del castillo, de mi casa y mi familia y amigos, pensé que todo lo que abandonaba jamás lo volvería a ver. Rechacé con esfuerzo un íntimo dolor cobarde. Me obligué a olvidar y a obedecer. Y

también me esforcé en sentir orgullo, pues yo, el más inútil y humilde de los siervos, iba al lugar destinado a los héroes. Aunque no pude ignorar que todos ellos habían fracasado, ya que ninguno había vuelto. Lo verdaderamente extraño es que había sido elegido por designios para mí inescrutables. Bien cierto era que ya todos los guerreros habían muerto, pero quedaban legiones de jóvenes aspirantes, que gustosos darían la vida por ser nombrados defensores del Rey, sus nuevos batalladores, sus amados paladines. En cambio, el elegido había sido yo, que nunca soñé con serlo, con quien nunca nadie había contado; yo, el más débil entre todos. Alguien puso sobre mí el dedo del destino y decidió mi futuro de muerte heroica, y ese alguien no pudo ser mi Señor, porque no me conocía, porque no podía saber del más humilde y lejano de sus siervos.

Ya muy lejos del castillo, transcurrido un largo trecho del camino hacia el campo de la batalla, asumido con resignación mi destino, casi en el olvido mi vida pasada, mi familia y amigos, sólo deseaba que antes de morir, quien tuviese poder para ello, me desvelase quién dio al Rey mi nombre.

***

Los primeros días del viaje hacia la destrucción fueron tranquilos. Aproveché el tiempo para practicar golpes con la espada y diversos movimientos y lances de la lucha en los que intervenían otras armas. Eran gestos que yo, siendo niño, veía a los míticos guerreros, hoy muertos o, al menos, desaparecidos, en sus prácticas junto a los muros del castillo o en los campos cercanos, lugares donde aquellos fornidos héroes atronaban nuestros oídos infantiles con fenomenales golpes en las relucientes armaduras. Eran ensayos de lucha, ejercicios guerreros, que alucinaban a los niños ocultos entre hierbajos, donde temblábamos de terror y admiración por

aquellos gigantes de fuerza hercúlea. Y yo, ahora, en este viaje, que siempre preví como inútil, iba imitando aquellos maravillosos, veloces y violentos gestos con lanzas y espadas, hachas y puñales, mazos y cadenas, intentando darles el movimiento preciso y mortal de la danza de aquellos luchadores. Todo ese bagaje militar lo transportaba mi caballo, regalo personal de mi Rey. El corcel sí tenía el porte majestuoso de los animales de la guerra. A veces yo mismo lo miraba con envidia.

En esos primeros días también entretenía mi tiempo en purificar el cuerpo. Golpeaba con la fusta mis brazos, mis muslos y la espalda. Infringía a mi carne un dolor que me propuse soportar sin un gemido, hasta casi dejar de sentirlo. Endurecía y disciplinaba así lo que en buena lógica sería desgarrado con tremenda furia, más temprano que tarde, por los enemigos de mi Señor, que ahora también eran los míos, y que habrían sido los matadores de todos los guerreros que me precedieron.

Por fin llegué, en un amanecer de cielo muy claro, al valle llano, circundado por montañas y algún pequeño monte, atravesado por un río que lo serpentea con tranquilidad, y que en todos los mapas viene señalado, desde tiempos inmemoriales, como el Valle de la Lucha. Este era el sitio escogido para las confrontaciones entre caballeros. Era el lugar donde todos los héroes de mi infancia habían sucumbido en defensa de nuestro Rey. Sería el valle donde, el menos guerrero de todos los soldados, iba ahora a imitar lo que de niño, mirando casi cegado por el fulgor de las armas y los yelmos, había aprendido de casi divinos héroes.

***

Azucé el caballo sólo un poco, porque el bruto me obedecía de inmediato, y comencé a bajar la leve colina por la que había accedido al valle. Durante el

descenso no tardé en notar el crujir de huesos bajo los cascos del animal. Aunque me resistía a mirar hacia el suelo, no soporté la tentación, y pude ver, entre las hierbas y los matojos, huesos esparcidos por muy diferentes lugares. Quedé largo tiempo mirando el desolado paisaje que se mostraba a ras de suelo. Era como una pesadilla donde lo anormal e incongruente cobra visos de cotidiano. Tan ensimismado estaba contemplando los restos de lejanas muertes que me dejé guiar por el caballo, y sólo alcé la vista cuando éste se detuvo sin yo tirar de las riendas. Miré entonces al frente y vi, brillante su armadura por el sol incipiente, al más formidable guerrero que imaginarse uno pudiera.

Por supuesto, hacía días que había aceptado lo inevitable de mi muerte, por lo que el pánico no me invadió cuando inicié la obligada carga contra el caballero enemigo. Sujeté con fuerza la lanza entre la mano, el brazo y mi costado; la elevé a la altura de la vista y envestí al formidable guerrero, que supuse habría de verme como algo ridículo, como un ser torpe y loco que se abate sobre un muro inquebrantable. Lo cierto es que, ausente de mí el miedo y cegado por la idea fija de atacar hasta morir, tal era mi aceptado destino, llegué veloz ante el otro que permanecía inmóvil en su montura y que, para mi sorpresa, cuando pude reflexionar, no mantenía una actitud agresiva, no enarbolaba ningún arma, ni tan siquiera parecía dispuesto a defenderse de mi atolondrado ataque. Más por lo inevitable del choque que por pericia, una vez lanzado al galope mi caballo y enhiesta mi lanza, golpeé en el pecho al descubierto caballero que era mi enemigo, el cual cayó fulminado al suelo. Su caballo huyó despavorido. El tiempo se detuvo. Era como si el universo se asombrase por el suceso. Bajé de mi montura, incrédulo aún por victoria tan inesperada, y fui hacía el yaciente, que sangraba abundantemente por el pecho,

pues una pequeña grieta en la armadura anunciaba otra mucho mayor en la carne que el hierro ocultaba.

-¿Estáis vivo? -inquirí con cierta angustia, pues no me agradaba dar muerte a quien no se había defendido, aunque fuese mi contrario. Él respondió de forma enigmática, y supuse que deliraba por el golpe, el dolor y la presencia de la muerte.

-Aún no -respondió con voz quebrada-, pero pronto lo estaré. Sois generoso en la victoria al preocuparos por mí, mas no os doláis por mi dolor, que no es tal, ya que es el anuncio del descanso.

Gimió de forma contenida el caballero, pero todavía, con su último aliento, dijo, para mi desconcierto más absoluto:

-Desde el momento que supe de vuestra presencia, acepté mi muerte.

Sufrió un espasmo y adiviné que había fallecido aquel desconocido contrincante. Yo me quedé un tiempo junto a su cuerpo mientras intentaba reflexionar. Las dudas me hostigaron sin piedad, pues las palabras con poco sentido del difunto me sumían en un angustioso desconcierto. El guerrero había hablado de descanso en la muerte y también había dicho que, al verme, aceptó ese fin. ¿Eran desvaríos de un moribundo? ¿Quién era yo para intimidar así a alguien como él? ¿Qué secreto se me ocultaba?

Deambulé a pie por aquellos parajes, alejándome del cuerpo tendido, que quedó expuesto al aire, como por las múltiples osamentas esparcidas era norma, supuse. Mi caballo me seguía tranquilo de cerca, pues estaba enseñado a no perder nunca a su jinete, a no ser que la muerte los separase. Tan sólo, el buen animal, hizo un gesto brusco con el cuello al asustarse cuando yo, alzando de pronto los brazos al cielo, grité:

-¿Por qué yo?

***

Ese mismo día, al anochecer, y tras haber pasado gran parte del tiempo recorriendo el valle, a veces a pie, otras a caballo, buscando, como era mi obligación y mi destino, nuevos guerreros a los que medirme, fue, en esa incipiente oscuridad, cuando hallé, por fin, otro contrincante similar en majestuosidad al anterior. Los últimos rayos del sol, que apenas sobrepasaban ya la colina más baja del valle, aún servían para provocar los brillos y destellos de la bruñida armadura de mi rival. Su caballo negro estaba inquieto, pero se le notaba altivo, como todos los animales de la guerra. Se encontraba a unos cincuenta pasos de donde yo estaba, y tenía su lanza en alto, en posición de ataque. En ese instante pensé en la bella imagen que formaban el soldado, su caballo, la lanza enhiesta y el último sol destellando en su armadura. Deseaba quedarme contemplándolo mientras el sol permitiese tan hermoso momento, pero en cambio actué como se esperaba de mí. Me erguí sobre la montura, elevé yo también la lanza en actitud de lucha y dispuse mi ánimo para una nueva confrontación mortal. Lo cierto es que, aunque el entendimiento me elegía a mí como víctima inevitable, algo en mi interior anunciaba hechos sublimes y mágicos. Notaba en lo profundo del alma un poder que me inundaba. Cada paso de mi cabalgadura era un golpe de tambor en la tierra, que iba aumentando la cadencia a medida que progresaba el trote. De igual manera, y al mismo ritmo, esa llama incipiente de poder interno iba creciendo, transformándose en hoguera, en incendio, en luz, en grito feroz al lanzarme al galope contra el enemigo, el cual venía también contra mí, con su lanza elevada, incluso demasiado alzada para mi estatura, como si en vez del pecho buscase algo sobre mi cabeza. Se produjo el choque al cruzarnos,

y mi grito, antes iniciado, se prolongó después del brutal encuentro en exclamación de euforia y de victoria, pues fue el otro el que calló de su montura tras recibir el impacto de mi golpe con la lanza. Fui yo el que permaneció vertical sobre el caballo. Fui de nuevo el inesperado vencedor que había dado muerte a otro enemigo de mi Rey.

Lentamente, no sólo mi corazón, sino también mi confundida inteligencia, iba admitiendo la posibilidad de que yo era, o podía llegar a ser, un héroe.

***

Pasaron varios días en los que nada sucedió. Mi tiempo transcurría con nerviosismo y expectación, pues en cualquier momento podía aparecer un nuevo rival. Mientras, me dedicaba a andar mucho, persiguiendo a quienes a mí me buscaban. De cuando en cuando, por supuesto, tenía que comer de los abundantes árboles frutales que, diseminados por el valle, parecían estar así dispuestos para alimentar al guerrero en sus tiempos de espera, y también tenía agua por doquier, pues no era difícil encontrar una fuente fresca en cada cúmulo de rocas. A pesar de ser un paraje tan adecuado para la vida, ningún campesino o pastor hallé, pues, lógicamente, aquel lugar estaba sólo destinado a los duelos mortales entre guerreros. Nadie podía inmiscuirse en las hazañas de los héroes.

No sé decir cuánto tiempo pasé sin hacer nada, como no fuese comer, pensar y dormir, y esto último muy poco, pues despertaba ante el más pequeño ruido de mi caballo o del viento en los arbustos. Perdí pronto la noción de la medida del tiempo. Día, noche, luz, sueño, despertar y pensar o soñar. Así transcurrían mis horas. Hasta que un día, cuando menos lo esperaba, un nuevo jinete se recortó en el horizonte como si hubiese surgido de la nada o como si estuviese allí desde siempre,

esperando que mi vista lo descubriese. Salté sobre la grupa del caballo y cogí con fuerza la lanza. Sin pensarlo dos veces inicié el galope para el ataque, ansioso de una nueva pelea, pues no era otro mi destino, pues no era más que esa mi misión. Luchar y matar o morir. Y una vez llegado a la cresta del leve montículo donde mi enemigo estaba, vi que éste no se movía ni tomaba una actitud bélica, pues no azuzaba la montura ni alzaba su laza. Supuse que, como el primero, éste también aceptaba su muerte y mi victoria, lo que aumentaba mi perplejidad, ya sin asidero posible para que la razón comprendiese lo que estaba sucediendo. Primero, un rival que me ofrece su pecho para que mi lanza lo rompa; después otro, que aunque me hace frente, procura que su arma falle al no buscar mi cuerpo, y ahora éste, que aún más apaciblemente resignado que el del inicio, espera mi ataque. Frené, brusco, a mi caballo y quedé quieto frente al oponente, que permanecía inmóvil, dejando que su montura pastase tranquila, como si nada importante allí sucediese.

-¿Por qué de esta manera tan quieta ansías la muerte? - pregunté.

En lo alto de la pequeña colina, rodeados de un enorme cielo azul, que nos cubría como indicando que los confines de nuestra soledad eran inabarcables, allí, en aquel páramo exclusivo de los guerreros, el otro, respondió:

-¡Fiel servidor de nuestro Rey, has de saber que esa, la muerte, es la única salida que tiene el valle!

Dicho esto, alzó su lanza en ademán casi teatral de atacar. Su caballo dejó de pastar, pero permaneció inmóvil. Yo espoleé al mío. Apunté hacia su cuerpo mi lanza y la hundí en su armadura, que se quebró junto con el pecho al que debería de haber protegido.

***

Ciertamente, ninguno de los guerreros había vuelto a las tierras de mi Señor. Todos habían quedado atrapados en el Valle de la Lucha. Y yo, ahora, cumpliendo un inescrutable designio, los iba derrotando uno a uno, en fingida disputa, para poner fin a su vagar. Tal era mi misión: dar descanso a los héroes condenados por la magia del lugar a permanecer eternamente allí tras sus luchas y sus victorias.

En la soledad de aquella tierra, sintiéndome ridículo actor, más bien payaso de un circo mortal, grité una vez más, ahora con mucha rabia:

-¿Por qué yo?

***

Epitafio:

Nunca un héroe

mata a otro.

Sólo al débil

le está permitida

tal infamia.

EN RECUERDO DE CINTY Y ROSI

©2002,José Manuel Fernández Argüelles

Lo primero que hice el día que salí de la cárcel fue buscar a un par de amigos que me debían dinero. Eran *legales*, así que no hubo problema con ellos. Hablamos de algunos de los de dentro por los que ellos tenían interés y hablamos de algunos de los de fuera por los que yo sentía curiosidad. Tomamos algo, no mucho, pues no quería llegar mal a la noche. Me dejaron dormir toda la tarde en un camastro. Al despertar, ya noche cerrada en la calle, me despedí de ellos. Gente buena, tíos *guay*. Nos despedimos con la promesa de hacer algo juntos un día de estos.

Por la noche, recordad que era el primer día tras salir, busqué la casa de putas "La Florida", pero estaba cerrada. Me *jodió* mucho, pues en ella trabajaban, antes de yo entrar en *chirona*, dos de las putas que más me gustaban. Se llamaban Cinty y Rosi. Quedé plantado ante el local cerrado sin saber qué hacer. Podía ir por los bares de alterne preguntando por ellas, pero eso quizás me llevase toda la noche, y mi urgencia, tras seis meses en el *trullo* era grande, pues nunca fui *culero,* y dentro sólo tenía mi mano para consolarme, y eso, aunque me ayudase con las fotos de *titis* tetonas, no es lo mismo que echar un *polvo* con Cinty o Rosi, puedo asegurarlo. ¿Pero dónde encontraba yo a aquellas horas, desorientado como estaba en mi primer día, a las dos putonas? Además, ya dije que me urgía, pues sólo de pensar en ellas, la *cosa* se me estaba poniendo dura, y allí parado, en medio de la calle, además de una pérdida de tiempo, era incómodo.

Entré en el primer local que me atrajo con sus luces de neón azules y rojas, aunque algunas parpadeasen averiadas. Ya dentro, me di cuenta de que conocía aquel lugar. Antes había estado una o dos veces… no más. Por supuesto el sitio era oscuro, así que apenas distinguí a nadie. En la barra pedí algo fuerte y el camarero no me resultó familiar, a pesar de ello le pregunté si conocía a la Cinty y a la Rosi.

-Ni puta idea, tío -me contestó.

No llevaba dos sorbos de aquel líquido que me quemaba la garganta, cuando una mano se me posó en la espalda pillándome por sorpresa. Los reflejos se me habían dormido dentro del *hotel*.

-¿Qué tal, *tronco*, cómo lo llevas? -dijo el dueño de la mano que me había tocado

para disgusto mío.

Era Triqui, un conocido, pero nada bueno, poco *legal*. Raras veces habíamos hablado. Claro que en ese momento no había nadie por allí que pudiese considerar *colega*, así que soporté el contacto de su mano en mi hombro un momento, intentando ser amistoso, pero enseguida, antes de responder, me la quité de encima, aunque no con brusquedad, pues no quería enemigos tan pronto.

-¡Triqui, tío, te veo cojonudo! -le dije.

-¡Ya saliste, cabrón!

-¿Qué te parece si no, que me di el piro?

-¡Cojonudo, tío, eres la *hostia*! ¿Y qué haces por aquí?

-¿Qué te crees? Después de seis meses, lo primero un *coñito* dulce para llevar a la boca.

-Di que sí, tío

-Oye, tu conoces a la Cinty y a la Rosi , ¿no?

Nada más hacerle esta pregunta, el Triqui se puso serio y me miró como dudando de mi cordura; por fin, dijo:

-Oye, *tronco*, ¿en tu *hotel* no había periódicos?

-Yo no leo nunca -contesté con cautela, y ya temía lo peor.

-Pues fue a los pocos días de que te encerrasen, tío -me contó Triqui- Aparecieron muertas junto a la gasolinera que asaltaste. Ya sabes, en la que te cogieron.

Claro que sabía qué gasolinera era. Menuda coincidencia, fue lo primero que pensé. Yo no soy muy inteligente, ya lo decía mi padre, "¡tu piensas con la polla, chaval!". No, no se me encendió ninguna lucecita en mi puto entendimiento, cosa que tendría que haber sucedido. No se me ocurrió pensar a fondo en la coincidencia, ni en que la Cinty y la Rosi eran las que me habían dado el soplo de que en esa gasolinera se movía mucho dinero, que un cliente suyo lo había *cantado* entre *mamada* y *mamada*, y tampoco pensé en lo raro que era que, cuando fui a dar el golpe, en ese lugar apareciesen tantos matones como si aquello fuese la casa de un puto jefazo, y que encima la *poli* llegó como si estuviese al otro lado de la calle para llevarme a comisaría, y que la *pasma* no hacía más que preguntarme que por qué yo sabía que había mucha pasta en aquella cabrona gasolinera, y yo, seguramente, entre tortazo y tortazo *canté* el nombre de las dos putas. No, no soy muy inteligente,

no relaciono las cosas, no reflexiono, no veo el muro hasta que me parto los cuernos al chocar. Por eso, allí, en aquel bar de putas, junto a Triqui, lo único que se me ocurrió decir, fue:

-¡Una lástima de nenas!

LA HORA DE LA DUCHA

©2002,José Manuel Fernández Argüelles

Tardé en darme cuenta, y debe de ser porque soy torpe y lento de reflejos. Creo que pasaron al menos dos semanas sin que me enterase. Cierto que acababa de mudarme al piso, que no me había acostumbrado a nada, y menos a los ruidos *íntimos* de un edificio, pero no debiera esto servir de disculpa para dejar de notar algo tan evidente como aquello.

Pero, en fin, la historia fue como a continuación explico...

Sería mi ducha número once, doce, trece o catorce, no sé con exactitud, cuando oí algo que en mi interior llevaba registrando desde la primera, seguramente. Oí, digo, con notable claridad el agua correr al otro lado del tabique de mi baño. Cuando yo cerraba el grifo, ya fuese para enjabonarme o para secarme, el sonido del agua del aseo vecino era perfectamente audible aunque sonase apagado. Si prestaba atención, y más si me acercaba al tabique divisor de ambos baños, distinguía los sonidos de otro ser al ducharse: esos gemidos cuando el agua está algo fría, esa especie de suspiro cuando el agua, en su temperatura justa, nos quita todo el jabón, desde el cabello hasta la planta de los pies. Y por el sonido de tales gemidos noté que esa otra persona era una mujer.

Resumiré mis conclusiones diciendo que mi vecina y yo teníamos los mismos horarios para ducharnos. Evidentemente, éramos personas de costumbre fijas, y la inalterable hora del baño, era siempre la misma para los dos. Siempre la misma.

Una vez que hube constatado el hecho cierto de la coincidente ducha con mi vecina, no es necesario explicar la curiosidad por verla que me surgió a partir de aquel momento. Pero, así como éramos almas gemelas en la hora del baño, pronto me di cuenta de que nunca coincidíamos en el descansillo de la escalera, a la

entrada de nuestros respectivos apartamentos. Por lo tanto, hube de conformarme con oír sus gritos y suspiros a través del tabique.

Fue unos días después del descubrimiento ya relatado, cuando hice otro nuevo y sorprendente. Paso a explicarlo. Cuando yo abría casi al máximo el grifo del agua caliente, en la ducha de mi vecina sucedía que bajaba el caudal de esa misma agua cálida, pues oía yo las exclamaciones como de queja cuando el cuerpo es sorprendido por un frescor no esperado. Este descubrimiento me unió más íntimamente a aquella mujer de lo que en un primer momento supuse. Lo cierto es que a partir de entonces procuraba regular la mezcla de agua caliente y fría tendiendo más al frío que al caliente, para que ella, mi vecina, no padeciese. Pero he de decir toda la verdad. También en ocasiones, cuando apenas percibía sonido alguno del otro lado, salvo el del agua corriente, y por tanto echaba en falta el sonido cálido de mi compañera de baño, entonces giraba al máximo la ruedecilla que controlaba el agua caliente, y así oía, en ocasiones con sorprendente nitidez, aquellos suaves quejidos que cada vez me gustaban más.

La situación anterior duró varias semanas. Raro era el día que no coincidiéramos en el baño, y siempre mis oídos estaban prestos a los sonidos gratos del otro lado del tabique. He de confesar que mi mano cada vez hacia girar con más frecuencia la llave de paso del agua caliente. Cada vez con más premura necesitaba escuchar aquellos gemiditos, como de suave dolor, como si fuesen de cierto placer, como si los dirigiese a mí... especialmente dedicados a mí. Cada vez tenía mayor necesidad, aunque no quisiese aceptarlo, de compartir aquellos húmedos momentos con mi vecina, si no el día no era completo, si no la soledad era abrumadora.

Y un día, en el consabido baño de esa manera compartido, cuando mi mano

apuraba al máximo la llave de paso del agua caliente y oía con claridad los delicados quejidos tan deseados, entonces sucedió que unos golpes alteraron el encanto de aquel repetido placer. ¡Unos golpes!. Sonaban apagados pero, tras prestar atención, noté que provenían del otro lado del tabique... del otro baño... ¡de ella!. Quedé paralizado. En un principio no supe interpretar aquellos sonidos violentos, no sabía si intentaban una comunicación o si eran casuales. Y entonces dejaron de sonar. Pero yo seguía quieto, inmóvil en mi sorpresa. No recordaba que el agua caliente en mi ducha estaba saliendo al máximo de su potencia, aunque no contra mi cuerpo, como es de suponer, sino estaría aún ahora abrasado. Y los golpes se repitieron de nuevo. Esta vez, junto a ellos quise entender una voz muy lejana y quejumbrosa, que decía algo que no pude comprender. Pegué mi oreja a los azulejos húmedos del tabique separador, y quise oír algo así como: "¡Por favoooor!". Comprendí de golpe. Avergonzado, cerré el grifo del agua caliente. Salí del baño todavía con algo de jabón y casi corriendo, chorreando agua jabonosa por todo el pasillo hasta mi habitación, el punto que dentro de la casa más alejado está del baño. Huía de mi propia vergüenza como un imbécil.

Siempre he tenido miedo de las personas, incluso, como en este caso, de las que no veo. La sensación de sentirme descubierto, de haber sido pillado en falta, me hacía sentir dolorosamente culpable de un delito que, sin tener muy claro cuál era, me torturaba constantemente. Por todo ello, tenía la necesidad imperiosa de huir, pero, ¿a dónde se escapa uno dentro de casa?. La única solución que hallé fue la de cambiar mi hora de la ducha. Al no coincidir con mi vecina, al no oír sus suspiros ni sus gemidos, me creía a salvo de la culpa que ella habría de lanzar sobre mí como pesada carga de humillación y vergüenza.

De aquella manera, con el nuevo horario del baño, pasaron cinco días de triste calma. Días tiznados de un vacío insulso. Eran como el tiempo de un preso en celda de aislamiento. Pero en el sexto, al poco de iniciar la ducha a tan inusual hora, oigo, noto, intuyo, percibo más con el alma que con los habituales sentidos humanos, el agua correr al otro lado del tabique. Quedo quieto y en silencio, con el aliento en suspenso y el jabón detenido en medio del pecho; mi mano lo sujeta con tal fuerza que es milagro que aún no haya salido disparado al otro extremo del baño. Y entonces escucho una voz que pretende superar la barrera de ladrillos, cemento y azulejos. La voz de la vecina, nuevamente. Y esta vez creo entender que, dulcemente (aunque grite), dice:

-¿Va a ser esta la nueva hora de la ducha?.

EL CORAZON EN UN PUÑO

©2002,José Manuel Fernández Argüelles

Llegué a la reunión algo tarde, pero los otros dos me estaban esperando

pacientemente y me recibieron con una sonrisa. El ambiente del exclusivo club Farinón, propiedad de Don Antonio, es un lugar serio y elegante, que favorece las buenas maneras, así que tras una disculpa por mi parte y una nueva sonrisa por la suya, nos sentamos en los amplios y cómodos sillones de piel y pedimos coñac para los tres, antes de comenzar a hablar del asunto que nos había reunido allí.

Fue el más gordo de mis dos interlocutores, que mantenía su copa en las manos, jugando con ella entre los gruesos y carnosos dedos que poblaban sus manos, quien entró directamente en el asunto por el que me habían convocado en tal lugar.

-Veras, Jorge -me dijo-, esta vez el problema no son tus innumerables gastos, sino que el tiempo se acaba para nuestro querido Don Antonio, por lo que el asunto de tu economía pasa a un segundo plano y es tu estado de salud el que toma absoluta relevancia.

Entonces intervino el otro, el compañero del gordo, que era, por el contrario, alto y delgado, y que no había tocado tan siquiera la copa que el camarero nos había puesto al principio.

-Amigo Jorge -comenzó diciendo-, hemos sido generosos en el pago, y hemos respetado tu vida, tu forma de vida, quiero decir, alegrándonos sin duda de tu buena salud. Jamás te hemos apurado hasta ahora, pero ya el tiempo apremia, y como comprenderás, aunque sabemos lo desagradable que es para ti…

No hacía falta que concluyese la frase. Yo la entendía perfectamente. Apuré lo que me quedaba de coñac en la copa, y antes de levantar una mano en demanda de otra, ya estaba el camarero a mi lado con la botella. El servicio en estos lugares es exquisito, sin duda; quizás por eso, por el ambiente snob del lugar, yo no estaba tan

nervioso como sería de esperar, pues desentonaría con aquella apacible atmósfera de comodidad y atenciones placenteras. El gordo seguía jugando con su copa entre las manazas, el flaco mantenía las suyas entrelazadas, pero sin crispación, y ambos esperaban mi respuesta a una pregunta que, aunque no se había formulado explícitamente, sí había quedado expresada en el preámbulo que hicieron aquellos dos. Volví a dar otro largo trago de la copa para darme ánimos.

-Bien -dije, por fin-, comprendan que no lo tome con alegría, ni tan siquiera con resignación, aunque recuerdo perfectamente el trato, a pesar de los años que han pasado.

De nuevo apuré la copa y ya estaba allí el solícito camarero para evitar que yo tuviese que realizar el esfuerzo de requerirle junto con la botella de coñac. Tras un nuevo trago no encontré frases adecuadas para seguir explicándome ante aquellos dos emisarios de Don Antonio, y guardé un compungido silencio. Fue el gordo quien tomó la palabra.

-No creemos necesario recordarle los puntos de aquel lejano contrato.

No, ciertamente no era preciso, cada día de mi vida, desde entonces, habían sido compañeros inseparables de mis pesadillas. Pero yo había preparado un plan, lógicamente. No iba a claudicar, sumiso y obediente, tal y como estos dos parecían esperar. Sí, había firmado aquel pacto, pero contaba con que yo me muriera antes de forma natural, no que tuviese que sacrificarme en lo mejor de la vida, y lo mejor de mi vida siempre era el presente, sobre todo desde que recibía el abundante dinero de Don Antonio. Pero había llegado el final, el final del dinero, no de mi vida, si llevaba a cabo un sencillo plan. De estas cábalas me sacó, interrumpiéndome, el flaco.

-Don Antonio espera que su colaboración sea lo más pronta posible, lo siento.

-¿Tan mal se encuentra? -inquirí con tristeza infinita.

Los otros, que entendían que esa pena que yo mostraba era tanto por nuestro jefe como (sobretodo) por mí mismo, tan sólo asintieron al unísono, sin querer pronunciar lo que no era sino la confirmación de mi sentencia. Al final, y tras un largo silencio, fue el flaco quien volvió a hablar, mientras señalaba su propio pecho.

-Ya sabía usted de siempre que el corazón era la clave de todo el asunto.

Sí, el corazón y el tiempo. Bueno, y el dinero. El dinero a cambio del corazón, del mío, quiero decir, sano y robusto. El dinero, el corazón y el tiempo. El tiempo ya se había acabado, al parecer, y con él mi corazón, que por contrato habría de ser cambiado por el de Don Antonio. Un contrato sin valor legal, pero que aquellos dos, que tenía enfrente, se encargarían de obligarme a cumplir sin duda alguna. En fin, era hora de poner en práctica mi plan de huida.

-Pues todo entendido y todos de acuerdo -comencé diciendo-. Ahora me dan ustedes unos días para arreglar mis ultimas cosas en la tierra, y después ya nos tendrán, a mí y a mi corazón, a su entera disposición.

No se me ocurrió pedir disculpas por el ripio, pues lo que estaba pensando era qué vuelo podría tomar esa misma tarde para el último confín de la tierra. Dinero ahorrado tenía, voluntad de vivir también, así que por mí el pobre Don Antonio podría reclamar el incumplimiento del contrato en el mismísimo infierno. Sí, dinero y ganas de vivir tenía, lo que en ese momento me faltaban, y lo noté de repente cuando quise incorporarme del cómodo sillón, eran las fuerzas. A mi lado, el camarero, aún con la botella de coñac en la mano, parecía sonreír como quien ha cumplido bien su misión. Miré hacia el gordo y el flaco, que al menos aún conservaban su cara seria, casi

triste. Ninguno de los dos había probado el licor y lo que fuese que estaba mezclado con él y que me había dejado completamente inerme.

-Creo, amigo Jorge -dijo uno de los dos emisarios de Don Antonio, pero ya no veía bien si era el gordo o era el flaco-, que se encuentra indispuesto. Permita que le llevemos ante un doctor, el cual, no lo dude, le curará de todos los males, sobre todo de las desazones que esta vida agitada nos procura en el corazón.

©2002,José Manuel Fernández Argüelles

El guardia nocturno apoyó su frente en el frío cristal de la puerta cerrada, y vio los cuerpos tendidos sobre las mesas de la gran sala, ahora iluminada por las luces de neón. Realmente no vio los cuerpos muertos, sino su volumen, la silueta expresada por la blanca sábana que los cubría. Todos parecían iguales, todos tenían esa forma de animal tendido, de figura reconocible y cercana, con esa quietud que asusta, aunque al principio no se sabe exactamente por qué, pero que después uno descubre que lo que da miedo es la inmovilidad del pecho, que no asciende y desciende pausadamente, sino que está fijado en una inmovilidad tozuda.

Eran casi las doce de la noche, y el guardia nocturno miró por última vez hacia el interior de la morgue para asegurarse de que todo estaba tranquilo dentro del lugar, sintiendo una vez más que su acto era estúpido y reglamentario. Fue entonces, antes de apagar las luces del interior de la sala, cuando notó que una de las sábanas que tapaban los cuerpos, era distinta del resto. Todo el material del hospital era similar, todas las camillas iguales, todas las lámparas eran la misma repetida lámpara, todo era comprado al por mayor y cada clase de material era exactamente igual entre si. Las sábanas también; pero ahora se daba cuenta de que una era de un color ligeramente distinto, blanca, pero algo grisácea, ahora lo percibía; incluso su tejido, a pesar de la distancia, le parecía diferente. No tuvo más remedio que obligarse a entrar en la morgue. Abrió la puerta de hierro, a través de cuyo ventanuco acristalado había estado mirando; lo hizo con esfuerzo y pesadumbre. Se adentró en la nave silenciosa y fría, asegurándose antes de que esa puerta quedase bien abierta a sus espaldas, como si necesitase la seguridad de una fácil salida en caso de tener que buscarla urgentemente, aunque no se planteó conscientemente bajo qué circunstancias eso sería necesario. Cuando por fin llegó ante la mesa cuyo cuerpo estaba tapado por la sábana que era distinta del resto, se detuvo a un metro de distancia y tomó aliento profundamente, pues lo había contenido, sin darse cuenta, durante el breve trayecto desde la puerta. El guardia miró en derredor suyo, buscando en la quietud del lugar la disculpa para tranquilizarse. En efecto, todo estaba inmóvil y reinaba un frío silencio, pero aquello no inspiraba tranquilidad alguna, más bien al contrario, las figuras bajo las sábanas iguales, parecían señalar, todas a una, hacia la que se diferenciaba y ante la que ahora se hallaba el temeroso vigilante. Quiso pensar con la lógica que quebranta los

miedos irreflexivos, que anula la ansiedad de la sinrazón, y se dijo que mil causas podían hallarse para que una sábana de las que tapan los cadáveres fuese distinta a las demás. Miles de razones; desde las más sencillas hasta las más rebuscadas, y no por ello imposibles. Ante este pensamiento, decidió que lo más consecuente era irse de allí, cerrar la puerta y olvidar la dichosa sábana. Pero no lo hizo. Sabía que si se iba, en su mente el color casi ocre de aquella prenda, su tejido de apariencia áspera (pues aun no lo había tocado), incluso la figura que detallaba en su contorno, le seguirían allí donde fuese, incluso fuera del hospital, hasta su casa. Y eso era algo que siempre había evitado. Nunca llevó sus angustias consigo fuera del recinto que vigilaba todas las noches. Siempre su hogar era el lugar donde había luz y calor y donde los pensamientos se distraían en alegrías y donde no esperaba encontrar nada, a parte de su familia, al entrar en una habitación o al atravesar el pasillo. No, no llevaría a su casa, dentro de la incontrolable imaginación, la figura que ocultaba la sábana distinta.

De un manotazo apartó con nerviosismo incontenido la sábana que cubría el cuerpo muerto, que resulto ser el de una joven. Los ojos cerrados, su boca prieta y sin apenas definición en los labios, que se confundían con el resto de la cara, su palidez absoluta, el pelo lacio, los rasgos nulos del rostro sin expresión, todo en aquel cadáver era igual a cualquier otro cuerpo recientemente muerto. No había notoriedad alguna, nada indicaba que la mujer cubierta por la anormal sábana fuera a su vez especial. Por tanto, el guarda nocturno, tapó de nuevo el rostro de la muerta y se dijo que era un tonto, que no servía para aquel trabajo, que llegaba a conclusiones inverosímiles sin más datos razonables que los de sus obsesiones. Salió del frío lugar dando un portazo.

Fue al llegar a su casa cuando se dio cuenta. Sufrió un ligero sobresalto, pero, quizás por hallarse en su hogar, soportó mejor la sorpresa. En fin, de pronto le vino a la mente el recuerdo de que algunas de las sábanas de su dormitorio, suyas desde hacía mucho tiempo, eran exactamente iguales a la que vio ese mismo día en la morgue del hospital y que tanto le había llamado la atención. Decidió que ese era el motivo de la obsesión con aquella prenda, y también llegó a la conclusión de que no se había dado cuenta de la coincidencia hasta ahora porque en el lugar de trabajo nunca pensaba en su casa, para mantener separados ambos mundos lo más

posible. Todo en orden, todo claro y sin conflicto alguno, como siempre era cuando se encontraba en su territorio, en la paz del hogar. Y entonces echó en falta los sonidos, las risas o los gritos de las niñas, las palabras de saludo de su mujer. En dos pasos, a grandes zancadas, recorrió toda la casa buscándolas. El hogar estaba vacío. Era una hora impropia, dentro de las costumbres familiares, para que su mujer y las dos niñas estuviesen fuera, así que supuso que algo extraño tuvo que suceder recientemente, poco antes de él llegar, pues en caso contrario le habrían telefoneado avisándole.

Se sentó incómodo e intranquilo dispuesto a esperar un tiempo prudencial antes de tomar alguna decisión, que ahora mismo no se le ocurría cuál podría ser. Dejó pasar unos minutos de angustiosa espera. Nada sucedió. No sonó el teléfono, ni llamaron a la puerta. Y cuando estaba a punto de no soportar más la dolorosa inmovilidad, se le ocurrió que no había mirado en un lugar de la casa: ¡el sótano!

Casi a la carrera bajó las empinadas escaleras que llevaban al subsuelo de la casa, y allí, bajo la luz mortecina de una lámpara amarilla, tres cuerpos tapados por la conocida sábana, reposaban en el suelo: uno era el de una persona adulta, los otros dos era más pequeños.

Fue en el momento en el que el vigilante iba a lanzar un atroz alarido, cuando su cuerpo se convulsionó con violencia. Unas manos lo movían empujándole por los hombros hasta lograr que despertase y se hallase, para sorpresa suya, en el hospital, pendiente aún de hacer su ronda, la cual hoy llevaría a cabo, evidentemente, con un poco de retraso por haberse dormido.

"El castigo de un vigilante nocturno que se duerme es tener pesadillas", pensó, mientras sonreía aliviado.

BUSCANDO A DE LA MATA

©2002,José Manuel Fernández Argüelles

Ponerse en contacto con De la Mata parecía, en un principio, que iba a ser algo sencillo. Mi pretensión era entregarle un documento que él mismo había encargado a mi oficina; se trataba tan sólo de unos planos para un invernadero adyacente a una mansión que no habitaba por lo común. Hizo el pedido del trabajo a nuestro gabinete de arquitectos por teléfono, y nos había indicado que se lo entregásemos personalmente. A una persona de esa importancia no se le ponen pegas y mucho menos se le dice que no, así que, con sólo su petición verbal y un teléfono de contacto, hicimos los planos y, una vez terminados, llamé para entregárselos.

-No, aquí no vive el señor De la Mata. ¿Quién le ha dado este número?

Tras contestación tan desalentadora y decir yo que el propio potentado era quien me había ordenado llamar allí, se produjo un silencio muy largo al otro lado de la línea. Por fin, me dijeron:

-Llame usted a este otro teléfono.

Y me dieron un nuevo número, en el que, curiosamente, tampoco estaba nuestro rico cliente, pero donde me pidieron amplia la información sobre el motivo de mi interés por De la Mata. Tras quedar complacidos, al parecer, me suministraron otro número telefónico, y en éste la conversación fue aún más oscura y sorprendente.

-Ha de llamar usted al (aquí otro nuevo teléfono); ahí le darán de nuevo un número al que llamar, pero lo hará pasados 15 ó 20 minutos, entonces podrá hablar con el señor De la Mata.

Era ridículo e incomprensible todo aquello. Estaba perdiendo toda la mañana en contactar con un cliente sólo para concertar una cita y entregarle unos planos,

además de pasarle la minuta, por supuesto. El caso es que decidí seguir las nuevas instrucciones al pie de la letra, y llamé al penúltimo número de mi camino hasta el ansiado señor.

-Diga.

-Soy un arquitecto contratado por el señor De la Mata, y tengo que contactar con él para entregarle unos planos. Me informaron de que...

-Marque el (y otro nuevo número telefónico)

Iba a realizar la llama de inmediato cuando recordé que debería de esperar unos minutos. Así lo hice, y se me hizo interminable ese cuarto de hora. Mientras entretenía la espera elucubré mil historias. La más razonable era que el poderoso y rico De la Mata protegiera su intimidad con celo, y que este último contacto pondría de sobre aviso al tal señor, que decidiría si aceptaba mi llamada o no. Así que marqué el esperado número final con el alma en vilo, ya más interesado en dar con mi cliente por puro afán de porfía que por el trabajo encomendado.

Sonó la llamada 5 ó 6 veces, que a mí me parecieron ciento, y por fin descolgaron del otro lado.

-Soy de la oficina de arquitectos -dije rápidamente-. ¿Es ahí el señor De la Mata?

-Dígame.

La contestación, ni afirmativa ni negativa, y el tono de voz, que me pareció de alguien joven, hizo que dudase de mi interlocutor, y cuando insistí en saber con quién hablaba, el otro me contestó sencillamente dándome una dirección donde entregar los planos y la factura correspondiente; después colgó. Evidentemente, esperaba mi llamada y sabía el objeto de la misma, pues en ningún momento pidió que yo le informara.

Decidí ir inmediatamente al lugar que me habían señalado. Era en la misma ciudad y no quedaba muy lejos de mi oficina, así que a primera hora de la tarde ya estaba pulsando el timbre del piso que me habían indicado en el lujoso portal de un moderno y enorme edificio céntrico.

-¿Quién?

La voz del intercomunicador me pareció la misma que la del teléfono. Lo cierto es que ya me estaba acostumbrando tanto a la comunicación electrónica que me sentía a un paso de ser un experto en tales reconocimientos. Me identifiqué y, sin más, se abrió automáticamente la puerta de entrada al edificio. Tomé el ascensor y llegué al piso donde se me esperaba y volví a pulsar el timbre correspondiente. Abrió un hombre joven, que por supuesto no era De la Mata, conocido por mí, y por todo el mundo, debido a las fotografías que periódicamente aparecían en los diarios. El joven, elegantemente trajeado y muy serio, extendió su mano, con la palma hacia arriba, sin abrir la boca, esperando, sin ningún tipo de cortesía, que yo le entregase el sobre con los planos. Tal desconsideración provocó en mí un rechazo inmediato, y aunque no era el saludo su intención, yo le ofrecí mi mano y, ante su pasividad, estreché la suya al tiempo que avanzaba, obligándole a retroceder, y me introduje dentro del apartamento.

-Busco al señor De la Mata -dije con sequedad, mientras él cerraba la puerta, resignado, seguramente, a admitir mi presencia en el interior.

-Soy su secretario particular -me informó-, y puede tratar conmigo.

-Preferiría entregar el sobre con los planos a nuestro cliente en persona.

Lo cierto es que podía habérselos dado a cualquiera que representase al susodicho cliente y que abonase la factura, pero aquella búsqueda de De la Mata ya

se estaba convirtiendo en algo estúpidamente personal.

El joven me miró con cierto asombro; después, siempre en completo mutismo, se giró y salió de la estancia, dejándome, sin ninguna explicación, solo. Unos minutos después, que me parecieron interminables, y en los que no supe que actitud tomar, llegó, cuando ya estaba pensando irme, el mismo joven, y esta vez portaba, en su mano, un sobre apreciablemente voluminoso.

-Aunque dudo mucho que el señor De la Mata recuerde, por decirlo de forma poco molesta para usted, el encargo que dice traerle, acepta los planos y considera que con el contenido de este sobre quedarán satisfechos todos los posibles gastos.

Tras estas palabras, el elegante muchacho entreabrió ante mi vista el mencionado sobre, y puede ver un buen fajo de billetes, muy superior, a simple vista, a lo que era la factura que yo pretendía cobrar. Parecía una forma de despacharme apelando a mi supuesta avaricia, cosa que no comprendía. Yo no era, o no parecía ser, un visitante molesto, y podían deshacerse de mí con sólo indicarme, con más o menos energía, la puerta de salida. Todo este empeño para que me fuese "por las buenas" sin ver a mi cliente, y la insinuación evidente de que nadie me había ordenado la realización de los planos, me escamaba profundamente. Así que, como el dinero no es una de mis prioridades, y en cualquier caso siempre me ha podido más la curiosidad que el interés pecuniario, hablé sin tapujos a aquel joven prepotente.

-Parece ser que tiene un especial interés en apartarme de mi cliente, cosa que no me parece correcta, y más ahora, que él no reconoce el encargo que nos ha hecho. Si es así, comprenda que he de estudiar con el señor De la Mata la nueva situación, ya que no es correcto cobrar un trabajo que él no desea. Este malentendido ha de

aclararse entre mi cliente y yo.

El joven secretario, para mi sorpresa, pareció relajarse, y hasta sonrió, aunque con cierta displicencia. No parecía tomar a mal, tal y como yo había esperado, mi actitud, ciertamente agresiva. Guardó el sobre con el dinero en un bolsillo interior de su chaqueta y señaló hacía un sillón, al tiempo que me pedía, con tono amable, que me acomodase. Así lo hice, y él tomó asiento frente a mí.

-He de reconocer -comenzó diciendo- que su estrategia nos sorprende un poco.

-No sé a qué se refiere.

-Comencemos con su primera llamada. ¿De dónde sacó aquel número de teléfono? Al que llamó la primera vez, quiero decir.

-¡Nos lo dio el propio De la Mata cuando habló con nosotros hace menos de un mes!

-Eso no es posible. ¿Habló usted con él?

-No le diré nada más hasta que no me entreviste con el señor De la Mata personalmente. Le exijo que él mismo me confirme que no se puso en contacto con nuestro gabinete de arquitectos.

-El señor De la Mata lleva mucho tiempo fuera del país. De hecho, y esto es confidencial, nadie sabe dónde está, ni yo ni otros de sus más allegados colaboradores, ni tan siquiera su familia. Lo cierto es que le hemos dado por desaparecido tras su último viaje, aunque la noticia no ha trascendido. No es conveniente para la marcha de sus empresas que se sepa tal ausencia del patrón, comprenda. Al menos, no en estos momentos. Por eso, cuando alguien llega interesándose por él, nosotros intentamos despacharle de la mejor forma posible, una vez que comprobamos que no trae noticias, sino que las busca. Como ve, he sido sincero con usted, ahora le ruego que lo sea conmigo.

- Lo cierto es que no fui yo quien tuvo trato con su jefe, sino nuestra secretaria. Como es quien es el señor De la Mata, no requerimos una entrevista personal y, en cuanto me pasaron el trabajo, me puse a ello inmediatamente.

-Sorprendente su convicción en la historia que cuenta. Si es cierta, me gustaría mucho hablar con esa secretaria.

-Por supuesto, puedo concertar una entrevista con ella, para así aclarar este malentendido.

Tras un corto silencio, en el que ninguno parecía saber qué decir, añadí:

-Parece que ahora se fía de mí, ya que me ha dado toda esa información.

-Espero no equivocarme con usted, y además le necesito para averiguar algo más a través de su secretaria.

No dio más de sí la entrevista con aquel joven, y nos despedimos con la promesa de volver a encontrarnos al día siguiente en mi despacho y hablar con Rosa, la secretaria.

Ya en la calle, y sin esperar a tomar un taxi, llamé por teléfono a mi oficina y pregunté por Rosa. Se puso Falo, uno de los socios.

-No está, ¿para qué la qué la quieres con tanta urgencia? Ha salido hace unos segundos y nos dijo que iba a reunirse contigo.

-¿Conmigo?

-Sí, contigo. Se fue corriendo tras anunciarnos que la habías llamado con toda la prisa del mundo.

-¿Y a dónde se fue?

-No nos lo dijo, pero si tú no lo sabes... ¿Qué está ocurriendo aquí?

Colgué sin contestar a una pregunta que yo mismo me hacía y para la que no

tenía respuesta. Había dejado mi tarjeta al secretario de De la Mata, y en ella estaba, por supuesto, el número de mi oficina. Regresé a la puerta del edificio que acababa de abandonar, y pulse el timbre del interfono reiteradas veces, pero nadie contestó ni se abrió la puerta.

Comencé a ponerme nervioso sin saber la causa. Rosa no llevaba nunca teléfono móvil, por lo que resultaba imposible prevenirla. ¡Prevenirla!, ¿pero de qué? Sin saber qué hacer, lo único que se me ocurrió fue ir al despacho, por ver si ella volvía o llamaba.

Entré casi a la carrera en la oficina, y mis dos socios, Falo y Juanjo, se lanzaron sobre mí, acosándome a preguntas.

-¿Qué está ocurriendo?

Les expliqué lo poco que sabía y lo que me había ocurrido esa mañana, y todos quedamos muy desalentados. Por supuesto, lo primero que pensamos fue volver a llamar al teléfono que teníamos del señor De la Mata. Nadie contestó, y con el resto de números que yo había usado esa mañana sucedió lo mismo. Toda el día con el baile de los teléfonos, y ahora no servían para nada. Por fin, derrotados, fue Falo el que mejor resumió la situación:

-Desorientados y esperando no sabemos qué.

-Y sin cobrar la factura del invernadero-añadió Juanjo- Por lo menos podías haberte quedado con el sobre del dinero.

Preferí no contestar. Juanjo era, de los tres socios que formábamos el estudio de arquitectos, el que llevaba la tesorería, aunque todos colaborábamos un poco en todo.

-Lo que tenías que haber hecho era soltar una patada en los "güevos" al lechuguino

aquel -fue el comentario de Falo, mucho más agresivo que el resto.

Como ninguno tenía nada que aportar a la situación, me fui hasta mi mesa de trabajo sin saber qué iba a hacer exactamente. Entonces fue cuando vi mi ordenador encendido, pero en un principio no le di importancia. Yo siempre lo dejo apagado cuando salgo, pero mi mente estaba en otras cosas, muy ajena a los hechos que parecían alteraciones en mi rutina laboral. Pensaba en Rosa. No tenía por qué estar en peligro necesariamente. Seguramente el joven que me entrevistó la había llamado. Sería lógico que lo hiciese. Le hablaría en mi nombre para citarla en algún sitio (ella conoce mi voz, y el otro no intentarían algo tan burdo como suplantarme al teléfono). El caso es que Rosa es muy crédula, algo tonta y, todo hay que decirlo, un poco avariciosa; así que si el tal secretario le habló de mí y de un trabajo especial y bien remunerado, no dudé ni por un momento en que nuestra querida ayudante saldría a la carrera a donde le dijesen. ¿Pero a dónde? Seguía consolándome al pensar que no podía estar en peligro. Le preguntarían sobre su conversación con De la Mata (o el supuesto De la Mata, si el verdadero estaba desaparecido) y eso sería todo. Pero me estaba preocupando sin poder evitarlo. Y entonces, terminados mis procesos mentales, por lo demás bastante inútiles, concentré mi vista en el salvapantallas del ordenador. Yo no lo había dejado encendido. Moví el ratón del aparato, y la pantalla mostró la ficha de uno de nuestros clientes: el señor De la Mata.

-¡Creo que ya sé a dónde ha podido ir Rosa! –grité.

No di más explicaciones. Dije a Falo y Juanjo que se quedasen en el despacho, por si ella llamaba, y salí de estampida. Estaba seguro de que, tras recibir el supuesto aviso de mi parte, y ser citada en un lugar, Rosa había acudido a mi

ordenador para ver, en la ficha de nuestro cliente, la dirección precisa del lugar de la cita, la única dirección que nos constaba de De la Mata, la que aparecía con total claridad en la pantalla: la casa al lado de la cual yo había hecho los planos para un invernadero.

Era ya bien entrada la tarde cuando, por fin, tomé un taxi que me llevaría al límite norte de la ciudad. El viaje duró unos veinte minutos, y tuve tiempo de pensar en algo inquietante: ¿Sabría Rosa algo más del misterioso cliente que no me hubiese contado? Lo consideraba improbable, pero ella había hablado con alguien (¿De la Mata?) que la había convencido para hacer un trabajo de planimetría. Habían hablado, intercambiarían información, datos; en fin, que ella quizás sí supiese algo más que yo de todo este maldito asunto. También pensé en Rosa como persona, como mujer. Rosa es sencilla, bonita, algo superficial y de escasa inteligencia. Sabíamos que llevaba una vida sentimental descuidada, por decirlo de una forma suave, pero en el trabajo siempre había marcado las distancias con sus tres jefes, y eso que me consta que Falo más de una vez intentó algún avance hacia ella, pero fue rechazado. Por mi parte, aunque soy el único soltero de los tres, nunca sentí una especial atracción hacia ella, ni procuré un cortejo urgente y fácil, aunque bien sé que Rosa cambia de amantes como de hojas de calendario (ella misma me lo cuenta) Creo que el sentimiento cordial como compañeros es mutuo, pero no somos el tipo adecuado el uno para el otro en cuestiones sentimentales. En cualquier caso, concluí que apreciaba a Rosa lo suficiente como para lamentar que le sucediese algo.

Llegué ante la casa del imposible invernadero (por llamarla de alguna forma) y pasé, a través de la puerta de rejas de hierro, abierta, como siempre la había

encontrado, hasta su jardín, amplio y donde, días atrás, había hecho las mediciones para el famoso encargo fantasma. Grité un par de veces el nombre de mi secretaria, y como no recibí respuesta, me dirigí a la casa, por ver si había alguien en ella. Llamé reiteradamente con el puño, pero nadie abrió. Finalmente, decidí rodear la mansión por ver qué encontraba. Llegué a la parte trasera del edificio, que daba a un solitario descampado, y cuando me dirigía hacia la pequeña puerta de servicio, ésta se abrió y apareció Rosa. Su cara descompuesta, la mirada ida y el caminar inseguro fueron suficientes indicios de que algo terrible acababa de suceder. La sujeté por los hombros, pero no pareció reconocerme.

-¿Que te sucede? -le grite por dos o tres veces. Por fin pareció fijar sus ojos en mí y reconocerme.

-He matado a De la Mata. Lo he matado.

Fue todo lo que dijo, y señaló hacia el interior de la casa.

-Quédate aquí. No te muevas y espérame. ¿De acuerdo?

Ella asintió torpemente y yo me lancé al interior de la vivienda, sin saber muy bien qué hacer o de qué serviría mi inspección. En cuanto atravesé la puerta y me hallé en el interior de una cocina, vi, tirado en el suelo, el cuerpo ensangrentado del que yo conocía como el secretario del señor De la Mata. Toqué su cuello y comprobé que carecía de pulso. En su frente, el agujero perfecto de una bala había abierto el manar de un espeso hilo de sangre. Noté con asco que me había untado los dedos con el líquido viscoso y rojo. Al lado del cuerpo encontré una pistola, que tomé de manera instintiva. Volví al jardín trasero para buscar a Rosa. Había desaparecido.

La tarde estaba llegando a su fin. Las últimas luces del día aún provocaban largas sombras en el paisaje, y hasta mí llegaron, precisamente, las de dos policías

que me observaban con asombro. Uno de ellos reaccionó, por fin.

-Suelte eso. Suelte eso ahora mismo.

Su mirada se dirigía con temor al arma que yo aún sostenía. Me encañonó directamente al pecho. En ese momento, el más inoportuno, y para que la escena fuese completamente irreal y esperpéntica, sonó mi teléfono móvil desde el interior del bolsillo del pantalón. No supe qué hacer en un primer momento, y los policías, ahora apuntándome ambos, me observaban quietos y perplejos. Por fin atiné a soltar el arma, que calló al suelo de tierra con un golpe seco, y tomé el teléfono como un autómata.

-¿Diga?

-Soy De la Mata, ¿tiene ya los planos de mi invernadero?